

Las piedras pintadas del cajón de los cipreses (Hoya del Cachapoal)

Por el

P. Félix JAFFUEL, SS. CC.

El estimado Prof. Dr. Carlos E. Porter con su cariñosa insistencia me pide una corta colaboración para su querida "Revista". Con gusto accedo a sus deseos tan amablemente expresados, y en respuesta van las siguientes líneas:

Hace años tuve oportunidad de leer un folleto de Daniel Barros Grez sobre inscripciones petroglíficas atribuídas a los antiguos habitantes de Chile. Su manuscrito había sido traducido al inglés por el señor W. Bartlett-Calvert y publicado con el título de: "*Notes on the prehistoric, pictographic, geographic writings and geoplast of the ancient peoples of the southern hemisphere of New World*" (1).

Este folleto consta de 40 páginas, y es sólo el principio de un trabajo de largo aliento que el autor tenía preparado y que, como se ve en un índice publicado aparte, debía traer noticias de la historia precolombiana de todas las naciones sud-americanas, y debía abrazar, además, la historia de la misteriosa Isla de Pascua. Las cuestiones tan diversas que el autor se proponía tratar denotan en él una ilustración y una iniciativa no comunes. Este trabajo debía publicarse bajo forma de cartas.

Ignoro si el señor Barros Grez logró dar cima a

(1) Valparaíso, Imprenta del Universo de Guillermo Helfmann, 1903.

sus proyectos, dejando por lo menos redactado su trabajo; pero, según creo, alcanzó a publicar sólo el folleto a que me refiero y que contiene únicamente cuatro de las ciento veinte y seis cartas anunciadas. Las tres primeras se refieren a las Inscripciones del Cajón de los Cipreses y la cuarta a las del Cajón del Tinguiririca.

Leí el folleto y me bastó una primera lectura hecha a la ligera para convencerme de que el señor Barros Grez era hombre dotado de una imaginación poco ordinaria. Su brillante fantasía veía en unos signos irregulares, de formas caprichosas, grabados en una roca del cajón de los Cipreses, uno de los afluentes del Cacha-poal, la representación pictográfica fiel de escenas de combates entre diversas tribus guerreras, y aún de invasiones trasandinas. Según él, el escriba indígena había sido prolijo y minucioso, y no había omitido ninguno de los detalles destinados a perpetuar los hechos de guerra de tribus poderosas que por motivos ignorados habían franqueado los Andes por uno de los elevados portillos que se hallan en aquella parte de la Cordillera y habían venido a establecerse en la tierra de los valientes Promaucaes. Para él, la hora de la invasión, la forma del portillo por donde ésta había tenido lugar, el principio del combate con el toqui araucano, la disposición de los ejércitos, las armas empleadas, las vicisitudes de la lucha, la tenaz resistencia de la tribu cisandina y la muerte de su toqui, el triunfo de la tribu invasora, la retirada tranquila de los vencidos, el entierro y la tumba del toqui, la hora en que todos estos acontecimientos se habían verificado, etc. todo estaba fielmente representado con signos jeroglíficos en una de las piedras estudiadas, "la Piedra de Rapiantu", llamada por él, "la Piedra de la Batalla".

Bastaba una simple mirada a los dibujos de esta piedra para convencerse de que esta interpretación era enteramente arbitraria y fantástica. Y luego daba, respecto de otras piedras grabadas, explicaciones no menos fantásticas.

Así y todo, no dejaba de ser efectiva la existencia



Fig. 43.—Piedra pintada del Valle de los Cipreses. Se halla en la parte llamada Rapiantu, a 15 kilómetros más allá de los Maitenes. Fotogr. Isidro Sádava, 1908.

de numerosas piedras con gran profusión de dibujos, en el Cajón de los Cipreses, tuvieran significado o nó. Y desde entonces quedé con el deseo de ir a estudiar las piedras grabadas.

Aprovechando el período de vacaciones fuimos allá con mi colega el P. Teófanos Calmes. Nos acompañó el H. Isidro Sádava que tan buenos servicios había de prestarnos como fotógrafo, cocinero y factotum. Sin intención de hacer aquí el elogio del P. Calmes debo decir que varios años de estudios en Palestina y numerosos viajes con fines históricos y exegéticos llevados a cabo en Egipto, en la Península del Siní, en la región del Líbano, en diversos puntos de Siria y Mesopotamia, lo tenían especialmente preparado para semejante excursión. Había quedado convenido que él publicaría el resultado de nuestro viaje de estudio, pero no tuvo oportunidad de hacerlo por haber sido enviado a Lima poco tiempo más tarde.

Debo agregar que nuestra excursión no es de ayer, es de Enero de 1908. Conservo aún la mayor parte de las notas tomadas entonces.

Hoy al publicar estas pocas líneas no llevo el propósito de narrar los incidentes de esta excursión y menos el de dar una interpretación adecuada de los numerosos grabados que tuvimos ocasión de observar en el Cajón de los Cipreses. Quiero tan sólo recordar a los lectores de esta Revista la existencia de estas *piedras pintadas*, como las llaman los vaqueros y arrieros que trafican por aquellos apartados contrafuertes de la Cordillera.

¿Cuántas serán las piedras pintadas que se hallan en este Cajón? No lo se; nosotros encontramos, según rezan mis apuntes, algo más de veinte, pero me consta que su número es mucho mayor. Mineros dignos de fe y vaqueros muy conocedores de la región nos aseguraron que existen en gran número en el Cajón de Medina, en el Cerro Colorado y en el Cerro de los Arrieros, y que las del Cajón de Medina son especialmente notables.

No subimos nosotros a este Cajón secundario que sigue al sur del Cajón de los Cipreses y a bastante mayor altura.

Examinamos únicamente la piedra que se halla en el punto llamado Rapiantu y situado en la mitad del Cajón de los Cipreses, poco antes de llegar al llano del Zorro, y las que encontramos en el Cerro del Guanaco. Para llegar a este Cerro que confina con el Ventisque-ro de los Cipreses, hay que caminar más allá del Agua de la Vida, y en seguida atravesar el río de los Cipreses y pasar a la orilla derecha. Este río es en realidad un verdadero torrente que sólo puede ser vadeado en un punto situado a proximidad del Agua de la Muerte. Sería temeridad querer llegar al Cerro del Guanaco sin un guía conocedor de aquellos parajes, pues si es necesario tenerlo para atravesar el río de los Cipreses, no lo es menos para cruzar otro torrente que le trae sus aguas y baja del Cerro Colorado por el vallecito conocido con el nombre de Vega.



Fig. 44.--Cerro del Guanaco. Cajón de los Cipreses. Cauquenes-Colchagua. Enero de 1908.

En el Cerro del Guanaco logramos descubrir algo más de veinte piedras con grabados, unas grandes y otras relativamente pequeñas, pero estoy convencido de que no las vimos todas. Este Cerro, desprovisto de toda vegetación arborescente, está en su mayor parte cubierto de piedras y rocas. No toda clase de piedra y roca, por muy lisa y aparente que sea, se presta para llevar inscripciones. Las piedras pintadas se distinguen de lejos en medio de todas las demás, por su aspecto terroso-ferruginoso. Su color amarillente-rojizo es de-

bido a una capa de uno o dos milímetros de espesor, firme todavía, aunque bastante oxidada ya, y en cuyo seno se desarrollan vegetaciones criptogámicas que le dan su tinte especial.

Los dibujos, hechos todos de igual manera, miden de uno a dos centímetros de ancho y uno o dos milímetros de profundidad. Para trazarlos el operario ha debido emplear un instrumento raspador; punta de sílex, si los dibujos datan de una período anterior a la Conquista, o fierro si pertenecen a la época colonial. Para darme cuenta de lo que podía haber costado uno de esos dibujos, traté de hacer uno con un cortaplumas muy firme. Desistí pronto y no quisiera asegurar que logré hacer varios centímetros cuadrados de dibujo. La roca está superficialmente algo descompuesta y dista mucho de parecer a la roca viva que se descubre a dos milímetros de profundidad, pero es, sin embargo, muy dura y compacta, y no es verosímil que gente ociosa o muchachos traviesos hayan podido efectuar un trabajo tan considerable.

La casi totalidad de los signos parecen antiguos: sólo unos pocos son de fecha reciente y es fácil reconocerlos: su trazo es menos regular y su fondo tiene un aspecto distinto y menos oxidado. Muy pocos corresponden a seres de la vida real, hombres, animales, árboles, etc.; la mayor parte constan de líneas sinuosas, angulares, paralelas, redondeadas, y al parecer del todo caprichosas y arbitrarias. Parece imposible suponer que sean signos de una escritura cualquiera; para esto debería notarse la repetición de los signos y esto no sucede aquí.

Pero sin reconocerles los caracteres de una escritura propiamente tal ¿les negaremos toda significación o valor representativo? No nos atreveríamos a tanto. Creemos que corresponden a algo y que para algo se hicieron.

Desde luego rechazamos las erradas interpretaciones del señor Daniel Barros Grez. Para convencerse de que sus explicaciones son arbitrarias y erróneas,



Fig. 45.--«Piedra del Indio». Se halla en el cerro del Guanaco cerca del Ventisquero de los Cipreses y a 1720 metros sobre el mar. Fotogr. Isidro Sádava, 1908.

respecto de la piedra de Rapiantu, bastará decir que el cliché o fotografía que tuvo a la vista para emitir su hipótesis es un negativo de los verdaderos dibujos; queremos decir que tuvo a la vista una fotografía invertida en que los dibujos de la derecha aparecen a la izquierda y viceversa. Hay, pues, que discurrir sobre nueva base.

Meses después de su llegada a Lima, el P. Calmes me escribió una carta desistiendo de su propósito de publicar un trabajo sobre nuestra excursión. En esta carta resume a la ligera su opinión personal sobre el significado de las piedras pintadas.

Vamos a reproducir a continuación la parte de esta carta que se refiere a ellas.

“Provisoriamente, dice, me atengo a la hipótesis “que emití desde el principio: el paraje donde existen “las inscripciones ha sido asiento de un lavadero de oro. “Los mineros no podían explotarlo sino en una época “del año, es decir en la época en que se derriten las nie- “ves y las aguas son abundantes. Dada esta circunstan- “cia, cada minero o grupo de mineros se habrá visto “obligado a señalar el sitio preciso cuya explotación le “correspondía a fin de reconocerlo fácilmente a cada “vuelta de estación y evitar así posibles conflictos. Con “este fin se habrá dividido la región aurífera en *placers* “como diríamos ahora, dando a cada uno su marca pro- “pia grabada en la piedra y probablemente también se- “ñalando en ella la extensión de cada concesión.

“En este supuesto, la inscripción mayor conocida “con el nombre de “Piedra del Indio”, podría muy bien “ser un plano general al cual se referían las demás co- “mo indicaciones secundarias. Se podría atribuir un “fin análogo a la piedra que encontramos en primer “lugar al borde del sendero después de cruzar el estero “que baja de la Vega, y en la cual el grabador ha queri- “do seguramente indicar una división del terreno en

“reparticiones cuadradas (1). A propósito de esta piedra veo en mis apuntes: “los rasgos están profundamente grabados a cincel y muy rectos”. Esto hace suponer que han sido hechos con un instrumento de metal. Habría que examinar todas las inscripciones bajo este punto de vista. Puede admitirse sin embargo que todas tienen igual procedencia y en esta suposición habría que admitir que las piedras han sido grabadas después de la llegada de los europeos, lo que me parece confirmado por la cruz perfectamente dibujada que se ve en medio de dos anillos a unos 300 metros más

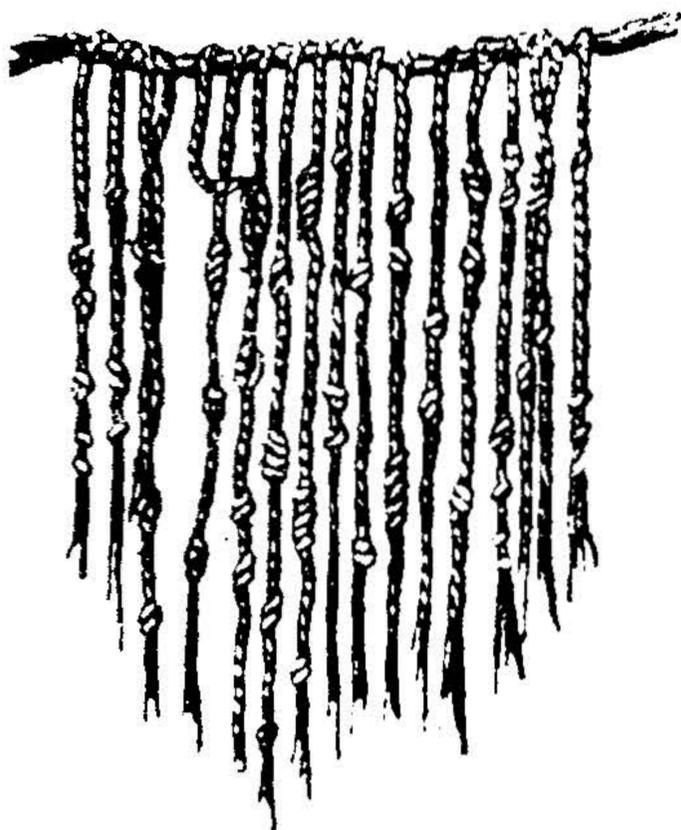


Fig. 46.--Manojo de quipus.

“o menos al oeste de la Piedra del Indio. Como los primeros colonos de la región fueron los Padres Jesuítas, habría que consultar ante todo sus archivos.

(1) A propósito de esta piedra dividida en secciones rectangulares desiguales, me permito emitir una opinión distinta de la que propone el P. Calmes. Para mí esta piedra es el testimonio escrito de un convenio entre los diferentes encomenderos o co-dueños de este terreno aurífero. Los derechos sobre el oro obtenido con el relave no eran iguales; no todos poseían el mismo número de barras, como dirían nuestro antiguos mineros. La piedra de las barras establece y señala a firme la magnitud de los derechos propios de cada cual.

“En cuanto a la explicación de los signos me permito exponerle una idea que me ha sugerido la lectura de las tradiciones incáicas. Los Incas carecían de escritura propiamente dicha, pero la suplían por medio de quipus; eran éstos unos cordoncillos de diferentes colores que ellos *hacían hablar* mediante ciertos nudos. Se conservan ejemplares muy interesantes en los museos de Lima. Se les empleaba para llevar la contabilidad; y en realidad son bastante adecuados para fijar cantidades (1). Es posible por lo tanto que los trabajadores empleados en la explotación, que supone mi hipótesis, hayan sido traídos del Perú, y así se explicarían estas numerosas líneas paralelas de la Piedra del Indio, en especial las del fragmento central que ha desaparecido y que ha sido conservado en fotografía por el Dr. A. Plagemann y Barros Grez. Si Ud. tiene ocasión de volver a visitar aquellos lugares, le aconsejo llevar un plano topográfico (bastaría uno planímetro) de las piedras grabadas, refiriéndolas todas a la “Piedra del Indio”, como base de las distancias y de la “orientación”.

Dejo ahora a la consideración de los lectores la teoría del P. Calmes; pero desde luego haré notar que la aparente analogía de los quipus incáicos con los grupos de líneas paralelas, que repetidas veces aparecen en la Piedra del Indio, dan a esta hipótesis un notable viso de verosimilitud, y según esto, los dibujos, por lo menos muchos de ellos, serían obra de indios venidos del Perú.

(1) “Fuera de estos quipos de hilo, dice el P. Acosta (que enseñaba la religión en los primeros tiempos del virreinato) tienen otros de pedrezuelas, por donde puntualmente aprenden las palabras que quieren tomar de memoria; es cosa de ver a los viejos ya caducos con una rueda hecha de pedrezuelas aprender el Padre Nuestro y con otra el Ave María y con otra el Credo, y saber cual piedra es: que fué concebido por el Espíritu Santo, y cuál: que padeció debajo del poder de Poncio Pilato, y no hay más que verlos enmendar, cuando yerran, y toda la enmienda consiste en mirar las pedrezuelas, que a mí para olvidar, cuanto sé de coro, me bastará una rueda de aquellas.”

Podría ser éste un punto ya dilucidado, pero ¿qué dicen estos dibujos? ¿qué dicen tantas piedras pintadas? y desde luego muchos de los dibujos no tienen ninguna similitud con los quipus peruanos.

Sería necesario conseguir buenas fotografías de todas las piedras pintadas del Cajón de los Cipreses y de sus inmediaciones, con indicación precisa de su situación topográfica; y luego relacionarlas y compararlas, no sólo entre sí, sino también con las que existen en el vecino Cajón del Tinguiririca y demás puntos de Chile y otros países sud-americanos.

Y así se lograría, tal vez, dar un paso más en la explicación de estos signos extraños que ciertamente algo significan muchos de ellos.

Si alguno de mis lectores llega algún día hasta el Cajón de los Cipreses con el propósito de obtener fotografías de las piedras pintadas, habrá de llevar buena provisión de tiza corriente. Los dibujos de las piedras, muy visibles e inconfundibles a la simple vista, no logran impresionar suficientemente, de por sí, la placa fotográfica; es necesario conseguir que se destaquen muy visiblemente rehaciéndolos con tiza blanca. Este detalle tiene su importancia y es parte esencial de la técnica de los que se dedican al estudio de los petroglifos; con esto queda dicho que, dada la experiencia del P. Calmes, llevábamos nosotros la necesaria provisión de tiza.

Un segundo dato que también puede tener su utilidad es que es posible disponer en la región misma donde se hallan las piedras pintadas, de una cámara oscura donde desarrollar las placas impresionadas. En todo el Cajón de los Cipreses no existe ninguna casa-habitación, ni choza alguna, pero a cien metros escasos de la vertiente de agua mineral llamada "Agua de la Vida" se halla una excavación abierta faraónicamente, hace años por D. Apolinario Soto, en la roca viva de un enorme peñasco que se levanta verticalmente en este sitio. La excavación permanece habitualmente cerrada, pero los dueños del fundo "Los Chacayes" han faci-

litado siempre la llave a toda persona de respeto que se la ha solicitado.

Respecto del *Agua de la Vida* diré que es una vertiente de agua sulfurosa, de color ligeramente opalino, que brota verticalmente del suelo. Su temperatura, que supongo invariable durante todo el año es de 14°. Sus aguas gozan de mucha fama y se les atribuyen excelentes propiedades medicinales para la vías digestivas. Si no llega hasta allí mayor número de enfermos, esto se debe a su considerable distancia de todo lugar habitado y a lo desamparado del lugar. ¿Agregaré que había abundancia de *Cicindela chilensis* Brullé al lado mismo del manantial?

Un par de hermosos cipreses (*Libocedrus andina*) se levantaban a proximidad.

¿Existirían todavía?

En la orilla opuesta del río, y casi al frente del *Agua de la Vida*, existe otro manantial conocido con el nombre pavoroso de *Agua de la Muerte*. La creencia popular le atribuye propiedades dañinas para la salud y ningún vaquero osa probar sus aguas por grande que sea su sed. Paréceme escuchar aún las lamentaciones de nuestro buen guía al verme tomar a sorbos esta agua reputada poco menos que mortal.

Habíame fijado, minutos antes, que uno de los vacunos que pastaban en la vega formada por las aguas de la vertiente, estaba bebiendo en el propio manantial principal y que, ido el vacuno, había venido a beber a su vez un zorzal común (*Turdus magellanicus* King) sin recelo alguno. Entonces bebí a mi turno y no me pasó ninguno de los malos efectos que temía para mí nuestro abnegado guía.

Para una excursión al Cajón de los Cipreses, aconsejo tomar en Rancagua el ramal del ferrocarril al mineral del Teniente y bajarse en la estación de los Baños de Cauquenes. Desde ahí hay un camino carretero hasta los Maitenes; este camino pasa por los Chacayes, el Ranchillo y la guardia de los Pincheira. ¿Cómo estará ahora este camino? De todos modos será excelen-

te para cabalgaduras. Más allá de los Maitenes sigue un buen camino tropero; hay que pasar por el sitio designado con el nombre de Malpaso, pero de mal paso tiene sólo el nombre. Alrededor de los Maitenes y hasta el llano del zorro el cocinero de la excursión encontrará buen número de loros o choroyes (*Henicognathus leptorhynchus*), de tortolitas de la Cordillera (*Metropelia melanoptera*) y de zorzales (*Turdus magellanicus*), Perdices de la Cordillera (*Attagis gayi*) habrá que ir a buscarlas en las alturas.

Terminaré diciendo que al final del valle se halla un interesante ventisquero que da nacimiento al río de los Cipreses y dando un *Cuadro* de varias alturas observadas durante nuestra excursión al Cajón de los Cipreses, comparadas con las de otros observadores:

LUGARES	Calmes- Jaffuel	L. Risopa- trón	Dr. A. Pla- gemann	Dr. v. Dessauer	Gussfeldt	Pissis
Rancagua.....	—	493			513	513
Hacienda de Cau- quenes.....	545	573	592			
Coligües.....	620					
Río Claro (puente). Baños de Cauque- nes.....	645 735	724	736	2575 pies	766	679
Cuesta del Colo (cumbre).....	1040					
Los Chacayes.....	940	922	901			
Las Arpas.....	1075					
Ranchillo.....	1130	1157				
Maitenes.....	1140	1160	1079			
Malpaso.....	1390					
Rapiantu.....	1470					
Llano del Zorro...	1500	1499				
Chacayal.....	1555					
Agua de la Vida....	1660	1564	1589	1820	1628	
Cerro del Guanaco (Piedra del In- dio).....	1720					
Ventisquero de los Cipreses.....		1900			1910	1785

Pueden consultarse:

- Barros Grez (Daniel).—Notes on the prehistoric, pictographic . . . writings.— Imprenta Universo, Valparaíso, 1903.
- Medina (J. T.).—Aborígenes de Chile.
- Nogués (A. F.).—Actes de la Société scientifique du Chili.—Tomo III, 1893.
- Philippi (R. A.).—Anales de la Universidad. Tomo 47.
- Plagemann (Dr. A.).—Sociedad científica alemana de Santiago. Tomo I, parte 6.^a.
- Riso Patrón (Luis).—La Cordillera de los Andes entre las latitudes 30° 40' y 35° S.—Santiago 1903.

—Pocos datos suministran la Geografía física de Pissis, el Diccionario de Astaburuaga, la Geografía de Espinoza y el Diccionario de Luis Riso Patrón.

